

Ediciones *Le Monde diplomatique* “el Dipló”

Capital intelectual

**Serie La media distancia**

SERIE  LA **MEDIA**DISTANCIA

## ¿Por qué retrocede la izquierda?

Marcelo Leiras  
Andrés Malamud  
Pablo Stefanoni

### **Prólogo**

Juan Gabriel Tokatlian

LE MONDE  
diplomatique

**ci** Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S. A., 2016

**Capital Intelectual S. A.** edita, también, el periódico mensual

*Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur.

Director: José Natanson

Coordinador de la **Colección Le Monde diplomatique**: Carlos Alfieri

Director de la **Serie La media distancia**: Martín Rodríguez

Corrección: Alfredo Cortés

Diseño de tapa: Cristina Melo

Diagramación de interior: Carlos Torres

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (54-11) 4872-1300

[www.editorialcapin.com.ar](http://www.editorialcapin.com.ar)

Suscripciones: [secretaria@eldiplo.org](mailto:secretaria@eldiplo.org)

Pedidos en Argentina: [pedidos@capin.com.ar](mailto:pedidos@capin.com.ar)

Pedidos desde el exterior: [exterior@capin.com.ar](mailto:exterior@capin.com.ar)

Edición: 2.500 ejemplares

ISBN 978-987-614-519-0

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina

Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

Leiras, Marcelo

¿Por qué retrocede la izquierda? / Marcelo Leiras, Andrés Malamud, Pablo Stefanoni; prólogo de Juan Gabriel Tokatlian.

1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.

120 p.; 22 x 15 cm - (La media distancia: 1)

ISBN 978-987-614-519-0

1. Política Latinoamericana. 2. Política Argentina. I. Malamud, Andrés II. Stefanoni, Pablo III. Tokatlian, Juan Gabriel, prólog. IV. Título.

CDD 320.82

# Índice

---

---

## **Presentación**

José Natanson y Martín Rodríguez 9

---

## **Prólogo**

Juan Gabriel Tokatlian 13

---

## **Economía y política en los gobiernos de izquierda de América Latina**

Marcelo Leiras 21

---

## **¿Por qué retrocede la izquierda en América Latina?**

Andrés Malamud 47

---

## **¿Alba o crepúsculo? Geografías y tensiones del “socialismo del siglo XXI”**

Pablo Stefanoni 81

## Presentación

---

José Natanson y Martín Rodríguez

“¿Por qué retrocede la izquierda en América del Sur?”. Lejos de ser una pregunta trágica es una pregunta inquieta y abierta, no apocalíptica, que nos hacemos mientras algunos de esos gobiernos aún gobiernan, y mientras las experiencias (como el caso argentino) de gobiernos liberales alternativos recién comienzan. Es más, en el caso argentino se podría decir que retrocede porque puede retroceder sin salirse del mapa, porque existe una fortaleza democrática que hizo posible tanto el avance como ahora su coyuntural declive electoral. Pero en la mayoría de los casos, si fueron reformadores los gobiernos de izquierda de América del Sur, lo fueron sin dejar de atar su suerte a la suerte general de las fuerzas productivas de cada nación. Petróleo, soja o gas... y soberanía. Es fácil decirlo y pensarlo: se van cuando se acaba el llamado “súper ciclo de los *commodities*”. Pero lo concreto es que aun cuando no estuvo guionada la forma de irrupción de estos gobiernos, tampoco estará guionada su posible salida. No todos retroceden por lo mismo, no todos retroceden del mismo modo, no todos retroceden al mismo tiempo. Los “cortes de clase” del chavismo o el evismo no son iguales a los casos uruguayo, brasileño o argentino. La organización de las bases populares, el rol de las clases medias o el malestar de las viejas/nuevas clases domi-

nantes no ejercen la misma intensidad en cada país. Así entonces, preguntarnos por el retroceso nos obliga a hablar de la naturaleza de esos gobiernos, de sus relatos y conquistas materiales, de sus avances y límites y de sus bases sociales. Nadie retrocede si no ha avanzado, nadie retrocede de la misma forma, nadie asegura la inviolabilidad de los canales institucionales para todos los casos. No es trágica la pregunta, tampoco gratuita. Hemos visto el golpe institucional en Paraguay en 2012, cuando el sistema político alteró definitivamente la salida del presidente Fernando Lugo sin que volara una mosca.

La forma de “retroceso” no es exclusivamente electoral. Muchos de esos gobiernos y sus figuras se ven envueltos en campañas de asedio judicial y mediático, sobre las que, lejos de negar los casos de corrupción, tampoco podemos ignorar su amplificación y los efectos que intentan producir. Diríamos, básicamente, lograr el efecto en la percepción social de que las formas de estas “izquierdas” sólo han sido un simulacro de políticas que encubrieron saqueos programados sobre el erario. Las campañas de difusión de los casos de corrupción tienen sus narrativas prestas a volver indistinguibles “izquierda/populismo” y “corrupción”. Es decir, al inflado relato de estos gobiernos de reformas se contraponen un inflado relato opositor que, si en el primer caso convierte a la obra de gobierno en una mitología bíblica, el contragolpe mediático funge igual de atronador: convierte a toda la experiencia de gobierno en un saqueo velado. Estas campañas de desprestigio son preocupantes cuando pretenden el ocultamiento de las conquistas de derechos alcanzados y la anulación futura de estos derechos bajo la premisa de una “limpieza moral” que será, también, una “limpieza fiscal”. Los gobiernos de izquierda de América del Sur pudieron ser más o menos corruptos, más o menos republicanos, pero innegablemente pusieron en escena las tensiones sociales, permitieron el retorno de mucho de lo que había sido marginado durante los años 90 y ampliaron la base de representación del sis-

tema político. Sin embargo, lo que han empoderado no es tanto a las sociedades sino al mismo Estado. Y esta quizás es también otra clave: el volumen de Estado que han dejado, más que el nivel de organización en la sociedad. Estados que pagan más jubilaciones, que asumen más “gasto social”, que controlan a través de empresas públicas o mixtas la producción y comercialización de la energía, que regulan más las relaciones entre capital y trabajo. Y así. Más Estado y ¿más sociedad?

Se trata de analizar experiencias de izquierda no en sentido universalista —como las experiencias que en los años 60 y 70 exportaban su modelo revolucionario— sino atendiendo cada caso, cada país, cada sistema político, según su particularidad. Gobiernos nacidos de sistemas políticos implosionados, de líderes carismáticos venidos de los márgenes sociales o de partidos populares con décadas de persistencia electoral; es decir, cada país es (y fue) su propio mundo con reglas precisas y puntuales que hacen difícil extrapolar los análisis comparados. Pero los encuentros regionales, los relativos avances institucionales (Mercosur, Unasur) y, sobre todo, las relaciones personales entre los presidentes, constituyeron el relato regional de un auto-percibido “eje del mal”, creado en un marco institucional más o menos previsible, combinado a un momento de transición mundial: la irrupción definitiva de China, el boom del precio de los *commodities*, el crack financiero de 2008 y la presidencia de Obama, el derrumbe español, la Primavera Árabe y su impacto migratorio en Europa y, como corolario de una época, la llegada al Vaticano de un Papa latinoamericano. Un nuevo mundo, ¿una nueva región y nación?

De este modo, y con este libro, pretendemos aportar a la articulación del debate, combinando el balance y la atención para los tiempos que vienen en la pluma de tres lúcidos cientistas como Marcelo Leiras, Andrés Malamud y Pablo Stefanoni, cuyas trayectorias nos aseguran honestidad sin concesiones y el cumpli-

miento del deber intelectual: hacer pensar a los demás. Quienes queremos que haya más justicia social, más libertad y más igualdad en nuestro continente, no dejamos el “análisis crítico” en manos de quienes sólo caricaturizan la experiencia social y estatal de estos años. De esto se trata este libro, primer paso de una serie de publicaciones que formularán una pregunta para disparar muchas posibles respuestas. Con la **serie La media distancia** pretendemos articular un enfoque pausado pero atento sobre temas que consideramos urgentes y, como tales, necesarios de complejizar. Una máxima afirma: “Si estás apurado, vístete despacio”. Al abrigo de esa sabiduría popular iniciamos este proyecto en busca de una mayor solidez, pluralidad y precisión para entender este presente nacional, regional y global, tan cambiante.



---

**Andrés Malamud**

Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa.

## **¿Por qué retrocede la izquierda en América Latina?**

¿Y por qué no?

Cuando el editor y demiurgo de este libro vino con la propuesta, me fascinó la idea de explicar lo que se esconde bajo nuestras narices, a la vista de quien quiera ver: que todo lo que sube, baja. La política, como la economía, es cíclica: ningún líder ni tendencia duran para siempre. La democracia se define por la posibilidad de la alternancia, etcétera. Si la izquierda avanzó antes, era inevitable que retrocediera después. Pero en el fondo sabía que había algo más profundo escondido en la pregunta. Y la clave estaba al final del enunciado: “en América Latina”. La cuestión no es por qué la izquierda retrocede sino por qué retrocede *al mismo tiempo en toda la región*. Semejante fenómeno descarta de entrada las respuestas idiosincráticas: salvo que pensemos que todos los gobernantes se equivocaron en simultáneo, debemos concluir que las causas del fenómeno son comunes y son externas. Externas a los gobiernos, sí, pero también a los países: internacionales, no domésticas. Primera conclusión: la izquierda retrocede en América Latina por razones regionales o globales, y no (exclusivamente) por errores propios o aciertos opositores.

Un segundo problema consiste en identificar los límites de la región. Henry Kissinger diría que América Latina no tiene

número de teléfono. Carece de ciudad capital, himno y bandera. No hay ninguna organización regional que represente exclusivamente a los veinte países que la componen. Pero más importante es que las dinámicas políticas están cada vez más fragmentadas a lo largo de dos ejes: Norte-Sur y Atlántico-Pacífico. El primer eje es estructural, casi inevitable. Mientras los latinoamericanos del Norte (México, América Central y el Caribe) profundizan su integración socioeconómica con Estados Unidos, Sudamérica depende cada vez más del mercado chino. La principal consecuencia es que, al paso que México transitó de petroestado a exportador industrial, Brasil recorrió el camino inverso y perdió industria a manos de los recursos naturales: se reprimarizó. El segundo eje es político y depende de decisiones domésticas. Usamos los océanos como referencia, pero lo fundamental es distinguir entre políticas públicas. ¿Cómo reaccionan los Estados ante la ola que viene de afuera? Algunos se cierran y otros se abren. El proteccionismo se dio mejor en mercados grandes y geográficamente distantes de las potencias mundiales, como Argentina y Brasil, que casualmente se recuestan sobre el Atlántico. La apertura es más eficiente en mercados pequeños o demasiado interdependientes con el centro de la economía internacional, como Chile o México, que están geográficamente vinculados al Pacífico.

¿Por qué es importante entender la geopolítica de la región, o sea la importancia del tamaño, la distancia y los vecinos? Porque de ella depende cuánto hubo y habrá para distribuir, la razón de ser de la izquierda. Estados Unidos como siempre, y China desde hace una década y media, determinan las condiciones de posibilidad del progresismo latinoamericano.

## ¿Qué es la izquierda?

El escenario político argentino nunca se organizó alrededor del eje izquierda-derecha, como mostraron hace décadas Edgardo Catterberg y María Braun (1989). La mitad de la opinión pública y buena parte de la dirigencia se muestran ignorantes o indiferentes cuando se las consulta sobre su posición ideológica, y cuando son presionadas se autolocalizan en el centro. Las divisiones políticas existen, pero las etiquetas para diferenciar a “nosotros” de “los otros” varían. Más recientemente, fue el politólogo canadiense Pierre Ostiguy (2008) el que mejor definió el cuadro político nacional:

Hay un choque muy importante en la Argentina entre el deseo de varios políticos de enfatizar la diferenciación izquierda-derecha (que es muy real), y la realidad electoral y sociopolítica a nivel “masa”, que está sólidamente diferenciada en la otra dimensión, es decir culturalmente, peronismo y no peronismo, y más genéricamente (y para mí más exactamente) alto y bajo. ¡Ese choque es el drama de la política argentina desde hace ya más de seis décadas! Este deseo siempre se topa con esa realidad. Y a eso hay que añadirle los numerosos políticos que no tienen ningún deseo de trascender esa dicotomía, sea por pragmatismo de poder o sea por aversión, estilo, “valores” o imagen de sí mismo.

Sin embargo, esta descripción viaja bien por Sudamérica. De hecho sólo dos países, Chile y Venezuela, desarrollaron históricamente partidos ideológicos con rótulos e inspiración europeos: socialista y demócrata cristiano, socialdemócrata y socialcristiano. En el resto del continente prevalecieron rótulos e ideologías idiosincráticos. Los partidos de masas identificados con “lo bajo” fueron tradicionalmente clasificados como populistas, una etiqueta que encaja mal en el espectro ideológico. De hecho, los

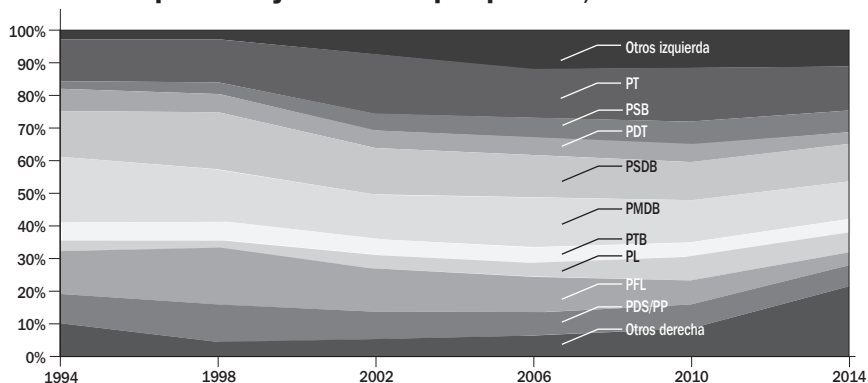
primeros líderes populistas (principalmente Juan Perón y Getúlio Vargas) fueron corporativistas y simpatizaron con los fascismos italiano y portugués, mientras los últimos (como Hugo Chávez o Evo Morales) se identificaron explícitamente con la izquierda. Lo que antiguos y nuevos populismos tienen en común es el nacionalismo y el carácter plebeyo, elementos insuficientes para definirlos como izquierdistas o progresistas. El Frente Nacional francés, por ejemplo, se vería bien retratado por esas características. Una investigación reciente, basada en datos del Latinobarómetro que incluyen a dieciocho países, confirma que el clientelismo reduce la utilidad de la dimensión izquierda-derecha al introducir una lógica diferente en la motivación del voto (Ruth 2016). Más notable aun, produce una disociación entre la orientación declarada y las actitudes políticas reales de los ciudadanos. La dimensión ideológica siempre tuvo una importancia reducida en América Latina, y ahora que mengua en el resto del mundo declina todavía más en la región.

Si no hay elementos objetivos incontestables, ¿qué es lo que define la ubicación ideológica de un líder o partido? La respuesta sólo puede ser una: la intersubjetividad. No importa si se es pobre como Mujica o rico como Cristina, militar amotinado como Chávez o economista doctorado en EE.UU. como Correa. El hecho de que alguien se identifique con una ideología, y los demás lo reconozcan como miembro del club, es lo que valida la etiqueta. Así como Mónaco o San Marino no cumplen ninguna de las condiciones objetivas de la estatalidad pero integran las Naciones Unidas, así el nicaragüense Daniel Ortega es considerado de izquierda aunque prohíba el aborto ante riesgo de muerte materna, entregue territorio nacional a un magnate chino y presida uno de los cuatro países del mundo que mantienen relaciones diplomáticas con Abjasia y Osetia del Sur. El reconocimiento de los pares cierra la discusión: en América Latina, la izquierda es lo que los presidentes que se dicen de izquierda dicen que es de izquierda.

Con base en esta definición, la llegada de Chávez al poder, en 1999, inició una ola que cubrió sucesivamente a Chile (2000), Brasil (2003), Argentina (2003), Uruguay (2005), Bolivia (2006), Nicaragua (2007), Ecuador (2007), Paraguay (2008) y, muriendo en la playa, Perú (porque Ollanta Humala, cuando accedió a la presidencia en 2011, ya no era chavista). En América del Sur sólo Colombia surfeó la ola. Por arriba de ella bailoteaba la espuma de la reforma y la revolución; por abajo, el agua se mantenía estanca. A modo de ejemplo, el Gráfico 1 muestra la distribución del voto entre los partidos brasileños a lo largo de dos décadas. Aunque se manifiesta alguna volatilidad electoral, ella fue interna a los dos grandes bloques ideológicos y no alteró gran cosa la relación de fuerzas entre ellos.

Gráfico 1

### Brasil: porcentaje de votos por partido, 1994-2014



Nota: los partidos están presentados ideológicamente, los de izquierda (de arriba hacia abajo) y los de derecha (de abajo hacia arriba).

Fuente: elaborado por Fernando Guarnieri, profesor de IESP-UERJ.

Si Brasil es representativo del giro latinoamericano a la izquierda durante la última década, la estabilidad de las preferencias sugiere que no hubo una transferencia significativa de electores hacia la izquierda del espectro ideológico. Pero lo que este

gráfico no mide es la intensidad de las preferencias. Eso quiere decir que, aunque se mantuviera estable la distribución entre los polos, podría haber crecido la animosidad entre ellos. Y de hecho esto es lo que aconteció.

## **La izquierda y la nueva estabilidad política en América Latina**

Contra lo que habríamos esperado históricamente, el ascenso de la izquierda y el incremento de la polarización ideológica no derivaron en quiebra de la democracia. Entre 1985 y 2005, en cambio, varios presidentes electos habían visto sus mandatos interrumpidos. Algunos eran de izquierda y otros de derecha. Sólo en Sudamérica, o sea excluyendo América Central y el Caribe, la lista incluye tres casos bolivianos, tres ecuatorianos, dos argentinos y uno de Brasil, Paraguay, Perú y Venezuela. Únicamente Chile, Colombia y Uruguay se mantuvieron al margen de la “nueva inestabilidad política”, como definió Aníbal Pérez Liñán (2007) al hecho de que los presidentes siguieran cayendo pero la democracia no. La sucesión, cuando se producía una acefalía por renuncia o destitución, era encauzada mediante procedimientos constitucionales. Todas las caídas tuvieron un componente extrainstitucional: la movilización popular, que generalmente tuvo lugar en las calles de la ciudad capital (Hochstetler 2006). La mayoría de los casos tuvo un segundo actor clave: el Congreso, que al entrar en conflicto con el Ejecutivo generó un duelo entre legitimidades democráticas (Llanos y Marsteintredet 2010). Las consecuencias de las interrupciones presidenciales fueron menos agrias de lo que cabría prever. Aunque atentaban contra el principio basilar del presidencialismo, el mandato fijo del jefe de Gobierno, no necesariamente erosionaron los principios democráticos. Al contrario, Marsteintredet y Berntzen (2008) sugieren

que la flexibilización del mandato fijo fue una manera de salvar la democracia, y Hochstetler y Samuels (2011) afirman incluso que la remoción anticipada de algunos presidentes ha reforzado al gobierno representativo, poniendo la rendición de cuentas por sobre la inmunidad del cargo.

En cualquier caso, hasta 2005 la probabilidad de que un presidente latinoamericano terminara su mandato era apenas superior a la de que no lo hiciera.

Y de repente la inestabilidad se terminó. El péndulo cruzó limpiamente hacia el otro lado y la reelección se tornó garantizada: presidente que la buscaba la lograba. Al menos eso ocurrió durante tantos años que una moda pareció tornarse regla. Seis de los diez países sudamericanos reformaron sus Constituciones para permitir la reelección presidencial sucesiva: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador y Venezuela. Cuando la reforma la realizó la derecha, como en Argentina, Brasil y Colombia, sólo se habilitó un periodo consecutivo más. Cuando la realizó la izquierda, en Ecuador y Venezuela, se permitió la reelección indefinida. Como explica Pablo Stefanoni en este volumen, Bolivia fue la excepción pero no por falta de voluntad: en 2016 Evo Morales perdió el referéndum que le habría permitido una nueva reelección. Enfrente, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay mantuvieron la prohibición.

El parteaguas fue abrupto.

Entre el inicio de la democratización y 2005, durante un periodo de veinte años, trece presidentes sudamericanos no lograron finalizar su mandato. En contraste, sólo cinco fueron reelectos (Tabla 1) (página 54). Es cierto que en la primera década pocas Constituciones permitían la reelección consecutiva. Aun así, la prohibición de un segundo mandato no obliga a acortar el primero: las interrupciones presidenciales expresaron inestabilidad política y no limitaciones constitucionales. Fernando de la Rúa, que estaba habilitado para la reelección, ni siquiera llegó a plantársela y debió renunciar en la mitad de su primer periodo.

Tabla 1

**Interrupción versus reelección presidencial  
en América del Sur, 1985-2015**

|                                      | <b>1986-2005</b><br>(20 años) | <b>2006-2015</b><br>(10 años) |
|--------------------------------------|-------------------------------|-------------------------------|
| <b>Interrupciones presidenciales</b> | <b>13</b>                     | <b>1</b>                      |
| <b>Reelecciones presidenciales</b>   | <b>5</b>                      | <b>10</b>                     |

A partir de 2006 todo cambió. En los diez años siguientes, sólo un presidente (Lugo, que no tenía reelección) debió irse antes de tiempo mientras diez (el doble que en el veintenio precedente) fueron reelectos. El único que estuvo en condiciones de seguir pero prefirió no hacerlo fue Néstor Kirchner, quien consagró la sucesión por vía conyugal en la esperanza de una reelección alternada. Y muchos creyeron que esta tendencia podía proyectarse indefinidamente.

Si consideramos las tres décadas de democracia como un único periodo indiferenciado, verificaremos que catorce presidentes cayeron antes de tiempo y quince fueron reelectos: dos conjuntos casi idénticos. Pero como las reelecciones ocurrieron más recientemente y la memoria es tramposa, uno de los dos conjuntos tapó al otro y lo dejó en el olvido. Hoy que las condiciones están cambiando y los oficialismos pierden o cortan clavos, es oportuno preguntarse si hay alguna variable que explique tanto la inestabilidad anterior como la continuidad reciente. La ideología no califica: entre los eyectados precozmente hay izquierdistas (Fernando Lugo) y derechistas (Alberto Fujimori), y entre los reelectos también (Hugo Chávez y Álvaro Uribe). Los politólogos brasileños Daniela Campello y Cesar Zucco sugieren una respuesta alternativa.



En un artículo cuya versión preliminar se titulaba “Mérito o suerte”, Campello y Zucco (2016) identificaron los determinantes del voto en América Latina y llegaron a una conclusión: los electores premian o castigan a sus presidentes por causas ajenas a la gestión. El estudio revela que es posible predecir la reelección del presidente o de su partido sin apelar a factores domésticos: basta considerar el precio internacional de los recursos naturales (léase valor de las exportaciones) y la tasa de interés estadounidense (léase valor del crédito y la deuda). Como dicen, “It’s the economy, stupid!”. Desde otros tiempos y otras latitudes, los frustrados intentos de reelección de Jimmy Carter en 1980 y George H. W. Bush en 1992, del nicaragüense Daniel Ortega en 1990 y del dominicano Hipólito Mejía en 2004 reflejan un patrón similar. Los oficialismos latinoamericanos de hoy en día no están condenados a la derrota, pero la garantía de victoria ha caducado junto con el súperciclo de las *commodities*.

Si Raúl Prebisch se reencarnara en los tiempos presentes, bien podría ser politólogo: al final, los términos de intercambio determinan no sólo la fortuna de los países sino el futuro de sus presidentes. Lo que el fundador de la CEPAL no previó es que esos términos no siempre se deterioran; durante algunos periodos, la periferia supo beneficiarse de su condición de proveedora de alimentos y energía. Después de tanto debate sobre progresismo y populismo, los padres de la voluntad política resultaron ser la soja y el petróleo. Pero la madre es China.

Dos politólogos brasileños, Fernando Limongi y Fernando Guarnieri (2014), escribían hace poco que “desde 1994, dos –y los mismos dos– partidos dominaron las elecciones presidenciales brasileñas. El comportamiento de los electores es altamente previsible”. Esos tiempos están terminando. En países como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela, la izquierda llegó al poder debido al colapso económico y la erosión o destrucción

del sistema de partidos. En el Brasil y la Venezuela actuales, en contraste, la izquierda está a punto de dejar el poder en un escenario similar. Es difícil imaginar las consecuencias regionales de estos dos casos paradigmáticos, pero algo parece claro: lo que llegó como salvación tiene cada vez más cara de condena. La izquierda sanó, reconstruyó y dio certezas. Cuando su caída se consume le tocará a otro actor, de rostro aún incierto, cumplir la misma función.

## **La izquierda latinoamericana y sus causas**

Durante la primera década del siglo XXI se produjo un fenómeno que cambió el mundo: el ascenso de China al palco económico global. Aunque la subida venía de antes, a partir del año 2000 se aceleró raudamente. Entre 1980 y 2015, el PBI chino pasó de ser un noveno del estadounidense a igualarlo. Como porcentaje del PBI global, China pasó del 4% al 17% y sigue creciendo, mientras las potencias tradicionales retroceden. En el mismo periodo, Japón pasó del 9% al 4%. Estos números dan una idea del impacto global. En América Latina fue aun mayor.

Pero, como me señaló Pablo Gerchunoff, China hubo para todos: también gobiernos no izquierdistas, como el de Perú, se beneficiaron de su ascenso. Fue fortuito que, al iniciarse la década mágica, la mayor parte de los países latinoamericanos estuvieran liderados por fuerzas de izquierda. Será preciso agradecerle al ajuste neoliberal de los noventa por haber creado las condiciones para que la izquierda estuviera en el sitio correcto en el momento oportuno.

Antes de China estaba Estados Unidos. La idea de América Latina como patio trasero siempre tuvo un componente geopolítico y otro económico. Por un lado, la gran potencia del Norte intervenía militarmente o mediante apoyo logístico para evitar la

llegada al poder de fuerzas de izquierda. Por el otro, sus empresas explotaban los recursos naturales y lucraban con los mercados de la región. Ambas dimensiones se diferenciaban al norte y al sur de Panamá: tropas estadounidenses conquistaron la mitad del territorio mexicano y se cansaron de invadir países centroamericanos e islas caribeñas, pero en América del Sur se limitaron a ofrecer inteligencia y apoyo a los militares nativos. La dependencia económica de Estados Unidos también era mayor en el norte de la región, con Colombia y Venezuela ocupando una zona de transición.

El contraste norte-sur sólo se profundizó con la emergencia china. Cada vez son más los países sudamericanos para los que China es el principal socio comercial. El caso más extraordinario es Brasil, cuya vinculación creciente con el mercado chino llevó a los medios brasileños a hablar de una “nueva dependencia”. El Gráfico 2 (página 58) muestra cómo, en sólo una década, las exportaciones a China pasaron de menos de 4% a 18%. Las importaciones chinas desde Brasil, en cambio, se mantienen por debajo del 2%. Esta asimetría indica que el gigante sudamericano sigue siendo un pigmeo cuando se lo compara con el Goliath global. Pero el análisis cualitativo empeora la situación: mientras todo lo que Brasil exporta a China son recursos primarios, principalmente soja y hierro, todo lo que importa son manufacturas. El mismo perfil de comercio exterior se reproduce en el resto de los países sudamericanos: la región sigue siendo una periferia exportadora de *commodities*; lo que cambió es el centro proveedor de manufacturas. Por más que el milagro chino haya remolcado a las economías de América del Sur durante una década, es difícil concebir el resultado como progresista.